

UN PASEO DESDE EL RETROVISOR

Pedro Pérez Ramos

Ubrique, 1970. Es licenciado en Filología Francesa por la Universidad de Sevilla. Imparte Francés en el “Rodrigo Caro”. En el número 9 de esta revista publicó “Trafalgar” y en el 10 “perspectivas sobre la muerte desde la ficción literaria”

¡Despierta, que ya hay niños esperando en la puerta del colegio!

Esta es la frase que mi madre decía zamarreándome dulcemente para despertarme ya que, hace más de cuarenta años no sólo uno se vestía, se aseaba y preparaba la maleta, sino que también se desayunaba una buena tostada y un buen vaso de leche.

En mis primeros años de la E.G.B. siempre tuve a mis padres en el mismo colegio donde estudiaba ya que ella era docente en 1º ó 2º (según el año) de aquella etapa educativa de la Educación General Básica. Mi padre en cambio, impartía Lengua y Francés a los cursos de 6º, 7º y 8º de la educación primaria de aquel entonces.

Aún recuerdo las horas de entrada y salida: por la mañana, se comenzaba a las nueve y media y se salía a las doce y media. La tarde, por su parte, acogía a los alumnos a las tres y el timbre tocaba a las cinco, hora en la que, al regresar a casa, nos comíamos un buen bocadillo acompañado de otro buen vaso de leche.

Después de reponer fuerzas, se atendían los deberes y se repasaba lo que se había dado aquel día.

Así pasé mi infancia escolar desde los cinco hasta los trece años, edad con la que comencé la entonces educación no obligatoria en el Instituto con las famosas siglas B.U.P., es decir, el denominado Bachillerato Unificado Polivalente, formado por tres cursos académicos, ya sin mis padres en el centro, donde opté por Letras en tercero de esa etapa.

Una vez finalizado el Bachillerato y con el correspondiente título en mis manos, me matriculé en COU, Curso de Orientación Universitaria, tras el cual aprobé la Selectividad de aquellos años. En mi caso, tuve que hacer un viaje de ciento veinte kilómetros para realizar dicha prueba en la Facultad de Medicina de Cádiz.

Los cuatro años de Instituto fueron muy entrañables para mí. A nivel personal, afiancé y amplié numerosas amistades y, por otra parte, aunque parezca mentira, disfruté con varias asignaturas, tales como Francés, Literatura Española, Lengua, Latín, Griego o Historia. Creo que mi base cultural la tomé en aquel Instituto donde tuve el honor y actual orgullo de haber compartido aulas con docentes que dejaron marca en mi vida.

Siempre tuve, he tenido, tengo y tendré a mi padre como ejemplo a seguir e imitar. Respetando a todos mis compañeros docentes, no he conocido a nadie que disfrute tanto impartiendo clase como Bartolomé Pérez Sánchez de Medina. SU trabajo era y sigue siendo, aunque esté ahora jubilado, un hobby para él. Nunca ha desconectado de los ámbitos académicos tanto fuera como dentro del centro escolar.

Siguiendo su senda y su sombra, opté por matricularme en Filología Francesa. Ya se sabe....de tal palo...

Debí cambiar de provincia, ya que dicha especialidad no existía entonces en la Universidad de Cádiz, y me vine a Sevilla.

Tras los cinco años de ámbitos universitarios de rigor, realicé el CAP (Curso de Aptitud Pedagógica) y, tres años después, pude entrar a trabajar en un colegio concertado de mi pueblo.

Allí creo que tuve mi bautizo de fuego en lo que toca a la enseñanza ya que uno puede saber de su materia, pero no necesariamente llegar a un público adolescente que ya no pertenece al sistema educativo que cursó. La E.G.B. perdió dos años, sólo llegaba hasta 6º y se le llamó Educación Primaria. El B.U.P. y el C.O.U. pasaron a mejor vida, siendo sustituidos por la E.S.O., compuesta por cuatro cursos obligatorios, y el Bachillerato de dos años. La F.P., por su parte, cambió su denominación por Ciclo Formativo.

Como iba diciendo, aquellos púberes no paraban de manifestar sus risas, voces, bromas con aquel novato que acababa de empezar a trabajar en su centro (fenómeno que los alumnos captan enseguida).

Tras año y medio en aquel colegio, al que le agradezco que me abriera sus puertas y haberme brindado mi primera oportunidad en el mundo de la enseñanza, me llamaron a la Educación Pública, en la cual entré sustituyendo a una compañera que causaba baja por gestación. Fueron siete meses que me permitieron conectar poco a poco y cada vez más y mejor con los alumnos adolescentes que cursaban la etapa de Secundaria Obligatoria.

Después de ese año escolar, estuve siete cursos más como profesor interino, ocupando vacantes en las provincias de Cádiz y Huelva. Fue estando en esta provincia cuando me tocó en Granada realizar las oposiciones en las que aprobé y obtuve plaza.

Dos años más seguí en tierras onubenses, ya teniendo más calidad de vida personal por no tener que estudiar por obligación y sí por placer.

Tras mi periplo onubense desembarqué en tierras sevillanas, de cuyos límites no he vuelto a salir en lo que respecta a lo profesional. Se trata del periodo de tiempo en el que más he notado que, según creo, he evolucionado más en lo tocante a metodología y trato con el alumnado.

Fui titular de Francés en Mairena del Aljarafe, pero tuve un periodo que recuerdo con mucho cariño en Isla Mayor, donde conservo muchas amistades de compañeros, padres y, por supuesto, alumnos.

Como todo tiene un final, decidí cambiar de centro para estar más cerca de casa.

Una buena mañana del mes de mayo del año.... Llegué al nuevo centro antes de acabar el curso en el anterior. El que abajo firma iba con pantalones

cortos y, tras ser recibido amablemente por los ordenanzas, viéndome cara a cara con el Director, recibí el siguiente mensaje: -“¡Aquí están prohibidos los pantalones cortos!”

Me disculpé. El responsable del Instituto le quitó importancia mientras me invitaba a conocer por encima el recinto.

Varios meses después comencé a trabajar en aquel nuevo y extraño lugar, por supuesto, para mí.

La extrañeza que uno encontró al enfrentarse a las nuevas circunstancias fue disipándose en menos de quince días debido a lo sorprendido que me quedé al ser tratado con tanta amabilidad y delicadeza por aquel Equipo Directivo, mostrando una inmensa paciencia con las torpezas que uno tiene en su persona.

Por cierto, ni que decir tiene el elenco de compañeros que encontré en aquella sala de profesores siempre estuvo rebosante de gentileza y disposición para conmigo, lo cual agradeceré siempre.

Años después de aquello, me siento como uno más de la familia. Sí, familia ya que, no olvidemos, estamos entre personas que ríen, lloran, sienten, tienen sus problemas, al igual que uno y, de una manera u otra, solemos compartir las buenas y malas experiencias que encontramos en casa, en familia, en la calle y, por supuesto, en el Instituto.

Lo mejor que tiene esto es levantarse un día laboral y pensar que el conjunto de compañeros docentes, no docentes, así como los alumnos que comparten conmigo este día; las explicaciones en el aula, el cambio de clase, el café compartido con uno o varios colegas del “Rodrigo Caro”, los problemas cotidianos del mismo centro, dan a uno fuerzas y ganas de vivir.

Al “Rodrigo Caro” no sólo se va a trabajar, a coger una tiza, un libro, un ordenador, sino a ser feliz disfrutando de los pequeños detalles que encontramos a diario en la singular e irreplicable cotidianidad de cada día.

En fin. Cuando contemplo las orlas de los antiguos alumnos que han cambiado el Bachillerato por la Universidad o los Ciclos Formativos por el mundo laboral, es inevitable echarles de menos ya que no es fácil no crear lazos afectivos y, por qué no, de amistad con unas personas con las que se han compartido uno o varios años en un aula.

Este es el día tras día de mi vida actual en el “Rodrigo caro”, el centro de las personas y una fuente de felicidad con el peso humano que ofrece al que viene, está y se va. Esperemos que ese sea el espíritu de un referente para Coria del Río y sus alrededores.

¡Feliz Cumpleaños, “Rodrigo Caro”!